

dónde desearía yo estar, y cuán agradable me hubiera sido morir en la patria de Corneille y en brazos de mi querido Cideville; pero no puedo vivir ni morir con arreglo á mis deseos. Por lo menos, tengo ahora á mi lado á una sobrina que me consuela hablándome de vos. No forjamos castillos en el aire, sino en Normandía, y nos figuramos que algún día podremos ir á veros. Me ha hablado, como vos, del poema de la *Agricultura*. Á vos correspondía el hacerlo, y decir:

O fortunatos nimium, sua nam bona noscunt.

VIRG., *Georg.*, II.

Por mi parte, digo:

Nos . . . dulcia linquinus arva.

VIRG., *Ecl.*, I.

Pero no me habléis mal de los libros de Dom Calmet.

Ses antiques fatras ne sont point inutiles ;  
 Il faut des passe-temps de toutes les façons,  
 Et l'on peut quelquefois supporter les Varrons,  
 Quoiqu'on adore les Virgiles.

Por otra parte, para una persona que lea versos, hay ciento que leen historias. La afición á la poesía es el patrimonio de muy corto número de elegidos. Somos un rebaño muy corto y además disperso. Además, no sé si á mi edad me estaría aún bien cantar. Parece que tendría la voz algo ronca. ¿Y para qué cantar?

. . . deserti ad Strymonis undam?

VIRG., *Georg.*, IV.

Al fin me creo obligado á pensar seriamente en esa *Historia Universal*, de la que se han impreso algunos fragmentos tan indignamente desfigurados. Me han

obligado á poner de nuevo manos en una obra que yo había abandonado y que merecía todos mis cuidados. No eran los secos *Anales del imperio*; era el cuadro de los siglos, la historia del espíritu humano. Hubiera necesitado la paciencia de un benedictino y la pluma de un Bossuet. Por lo menos tendré la verdad de un Thou.

'No importa dónde se vive, con tal que se viva para las bellas artes, y la historia es la parte de las bellas letras que tiene más partidarios en todos los países.

Les fruits des rives du Permesse  
 Ne croissent que dans le printemps ;  
 D'Apollon les trésors brillants  
 Font les charmes de la jeunesse,  
 Et la froide et triste vieillesse  
 N'est faite que pour le bon sens.

Adiós, mi querido amigo; madama Denis me ruega os envíe mil cariñosos saludos.

A. M. GUIGER

BARÓN DE PRANGINS

Castillo de Prangins, 12 de Febrero de 1755.

Nunca podremos, señor, expresar bastante nuestro agradecimiento, madama Denis y yo. Toda la familia de monsieur de Ribeaupierre se ha esmerado en dulcificar con sus muchos cuidados las enfermedades que me persiguen. Sobre todo ha contribuido á nuestro consuelo monsieur de Ribeaupierre hijo; es un joven que reúne, al mejor corazón del mundo, la inteligencia y la actividad. Los señores Tronchin y Labat, amigos nuestros, se han dignado también honrarnos con su amistad. Nos han procurado la casa de Saint-Jean (las De-

licias), que ya conocéis. Los jardines son deliciosos. Es una adquisición con la que no contaba. Me agrada tanto más, cuanto que me permitirá visitaros siempre que vengáis á vuestro magnífico castillo, é informarme de más cerca de los progresos singulares que hace vuestro señor hijo. Me dicen todos que jamás han visto un niño tan superior á su edad. Dicen que habéis tenido el valor de hacerle vacunar para preservarle de la viruela, valor que ha salido bien á todos los que piensan á la inglesa y que los franceses no conocen aún. Llegan tarde á todo lo que es atrevido y útil. Se han visto obligados á adoptar, por último, los principios de la filosofía inglesa, los del comercio y los de la Hacienda. Al fin llegarán á la vacunación obligados por la triste experiencia.

Confío siempre en que nos traeréis á madama de Fontaine; es preciso que una parisiense vea que hay en otra parte bellezas de la naturaleza y del arte, y que el lago de Ginebra vale tanto como el Sena. Por mi parte, encuentro que la soledad vale tanto como París.

Si tenéis algunas noticias de lo que ocurre en Pondichéry y podéis comunicárnoslas, os quedaré muy agradecido. Lo que se dice podría tener muy malas consecuencias para la compañía de Indias.

Acabo dándoos de nuevo las gracias, y asegurándoos que seré mientras viva, con el más invariable agradecimiento, vuestro, etc.

A M. D'ALEMBERT

1755.

He obedecido como he podido vuestras órdenes; no tengo el tiempo, los conocimientos y la salud necesarios para trabajar como quisiera; no os presento estos

ensayos sino como materiales que vos habréis de arreglar en el edificio inmortal que estáis levantando. Añadid y quitad; os doy mis pedruscos para que los vayáis metiendo en cualquier hueco del muro. Me atrevo á creer que todos los asuntos *in medio positi*, que son tan conocidos, traídos y llevados, sobre los que existen tan pocas dudas y se han escrito tantos volúmenes, deben, por la misma razón, tratarse sumariamente.

Podría hacerse un volumen en folio sobre la sola palabra literatura. Si queréis que hable de los literatos españoles, es preciso, pues, que me extienda sobre los franceses. Sería preciso, además, que tuviese libros españoles é italianos, y no tengo ninguno.

Muratori, además de sus inmensas colecciones históricas, ha escrito acerca de la *perfección de la poesía italiana* y ha hecho algunas observaciones sobre Petrarca. La *Historia de la poesía italiana*, de Grescembini, me ha parecido una obra bastante instructiva. He leído al conde de Orsi, que defiende á Tasso contra el Padre Bouhours. Su libro me ha parecido más lleno de erudición que de buen gusto. Gravina me ha parecido escribir acerca de la tragedia lo mismo que hubiera podido hacerlo Dacier ayudado por su mujer. Esta parte de literatura empezó, según creo, en la época de Castelvetro; después vino Julio Escaligero, pero éste escribió sólo en latín. Si creéis que debo hacer entrar en nuestro gran templo todos estos ripios, no hay en París oficial de albañil que no sepa de esto más que yo y que no os sirva mejor. Por otra parte, ¿no basta en un diccionario definir, explicar y dar algunos ejemplos? Hay que discutir las obras de todos los que han escrito sobre la materia de que se habla.

Con respecto á los españoles, no conozco más que á *Don Quijote* y Antonio de Solís. No conozco sufi-

cientemente el español para haber leído otros libros.

Adiós, amigo y señor; temo abusar de vos, pues debéis estar abrumado de trabajo. Mil afectuosos cumplidos á vuestro compañero. Adiós, Atlas y Hércules, que sostenéis el mundo sobre vuestros hombros.

Á M. LEKAIN

En las Delicias, 24 de Marzo de 1755.

Recibo en este momento vuestra carta de Dijón del 19 de Marzo. Envío mi respuesta á Lyon, mi querido amigo, á casa de Mademoiselle Destouches. Váis, sin duda, á cosechar en Lyon tantos aplausos y dinero como en Dijón. Si después de esto tenéis valor para venir á mi casa, es preciso que os resignéis á estar mal alojado. Mis Delicias están patas arriba. Desde por la mañana hasta la noche me veo rodeado de obreros que me tienen ocupado. Me veréis convertido en albañil, en carpintero y en jardinero; sólo vos podriais hacerme volver á mi primer oficio. Desde Lyon á Ginebra haréis muy fácilmente el viaje por la diligencia pública. Mi casa se halla precisamente á las puertas de Ginebra, y enviaré una carroza para que vaya á buscaros el día de vuestra llegada. No tenéis más que avisarme de el día que sale para Ginebra la diligencia pública; mi ermita se halla precisamente en el camino de Lyon á dicha ciudad. No tendréis que tomaros el trabajo de entrar en Ginebra para venir á mi casa.

Si mi carroza no se encontrase en el camino, no tenéis más que decir al mayoral que se pare en Saint-Jean, á doscientos pasos de la puerta de Ginebra.

Madama Denis y yo os dirigimos los más cariñosos saludos.

Os abrazo con todo mi corazón.

No estoy en Prangins; fijaos bien en que estoy en mi casa, en las Delicias, en Saint-Jean, á las puertas de Ginebra, y que la casa merecerá su nombre cuando vos estéis en ella.

Á J. J. ROUSSEAU

EN PARÍS

30 de Agosto de 1755.

He recibido, señor, vuestro nuevo libro contra el género humano<sup>1</sup>; os doy gracias por el envío. Agradaréis á los hombres diciéndoles la verdad, pero no los corregiréis. No se pueden pintar con más vivos colores los horrores de la sociedad humana, de que tantos consuelos esperan nuestra ignorancia y nuestra debilidad. Jamás ha empleado tanto ingenio en querer hacernos bestias; dan ganas de andar en cuatro patas al leer vuestra obra. Sin embargo, como hace más de sesenta años que he perdido esa costumbre, comprendo desgraciadamente que me es imposible recobrarla, y dejo ese modo de andar natural á los que son más dignos de él que vos y yo. Tampoco puedo embarcarme para ir á buscar á los salvajes del Canadá: en primer lugar, porque las enfermedades que me abruman me retienen al lado del médico más grande de Europa, y no encontraría seguramente los mismos auxilios entre los misuríes. En segundo lugar, porque la guerra ha estallado en dicho país, y los ejemplos de nuestras naciones han hecho á los salvajes casi tan malos como

1. *Discurso acerca de la desigualdad de las condiciones.*

nosotros. Me limito, pues, á ser un salvaje tranquilo en la sociedad que he escogido, junto á vuestra patria, donde vos deberíais estar.

Convengo con vos en que las bellas letras y las ciencias han causado á veces mucho mal. Los enemigos de Tasso hicieron de su vida un tejido de desgracias. Los de Galileo lo metieron en la cárcel á los sesenta años, por haber conocido el movimiento de la tierra, y, lo que es más vergonzo, le obligaron á retractarse. Tan pronto como vuestros amigos empezaron el *Diccionario enciclopédico*, los que se atravesaron á ser sus rivales, los trataron de deístas, ateos y hasta de jansenistas.

Si me atreviese á contarme en el número de los que han tenido la persecución como recompensa de sus trabajos, os haría ver individuos encarnizados en perderme desde el momento en que di al teatro la tragedia *Edipo*; una biblioteca de calumnias ridículas impresas contra mí; un hombre que hacía imprimir mi propia obra del *Siglo de Luis XIV* con notas en que la más crasa ignorancia vomita las más infames imposturas; otro que vende á un librero algunos capítulos de una supuesta *Historia Universal* con mi nombre; un librero bastante ávido para imprimir este informe tejido de disparates, de fechas falsas, de hechos y de nombres estropeados; y, por último, hombres bastante cobardes y malvados para imputarme la publicación de esta rapsodia.

Os haría ver la sociedad infestada por un género de hombres desconocido en la antigüedad, que no pudiendo abrazar una profesión honrada, ya de bracero, ya de lacayo, y sabiendo desgraciadamente leer y escribir, se hacen corredores de literatura, viven de nuestras obras, roban manuscritos y los desfiguran y los venden.

Agregaría que últimamente me han robado una parte de los materiales que había reunido en los archivos públicos para la *Historia de la guerra de 1744*, cuando era yo historiógrafo de Francia; que han vendido á un librero de París este fruto de mi trabajo; que se han apoderado á porfía de lo mío como si hubiese muerto, y que lo desnaturalizan para sacarlo á su-basta.

Os pintaría la ingratitud, la impostura y la rapiña que me persiguen desde hace cuarenta años hasta el pie de los Alpes y el pie de la tumba; ¿pero qué deduciría de todas estas tribulaciones? Que no debo quejarme; que Pope, Descartes, Bayle, Camoens y otros ciento han sido víctimas de las mismas injusticias y de otras mayores, y que éste es el destino de casi todos los que se dejan seducir demasiado por la afición á las bellas letras.

Confesad, en efecto, que son éstas pequeñas desgracias particulares en que apenas se fija la sociedad. ¿Qué importa al género humano el que algunos zánganos roben la miel de algunas abejas? Los literatos meten mucho ruido con todas estas pequeñeces; el resto del mundo, ó las ignora ó se ríe de ellas.

Entre todas las amarguras que acibaran la vida humana, éstas son las menos funestas. Las espinas literarias que sólo desgarran ligeramente la reputación, no son sino flores en comparación con otros males que han inundado la tierra en todo tiempo. No podréis menos de confesar que ni Cicerón, ni Varrón, ni Lucrecio, ni Virgilio, ni Horacio, tuvieron la menor parte en las proscripciones. Mario era un ignorante. El bárbaro Sila, el crapuloso Antonio y el imbécil Lépido leían muy poco á Platón y á Sófocles; y en cuanto á ese tirano sin valor, Octavio Cepias, apellidado tan

cobardemente Augusto, sólo fué un detestable asesino en la época en que vivió privado de la compañía de los literatos.

Confesad que Petrarca y Boccaccio no promovieron las turbulencias de Italia, los discreteos de Marot no produjeron la San Bartolomé, y que la tragedia del *Cid* no tuvo parte alguna en las turbulencias de la Fronda. Los grandes crímenes han sido cometidos por ignorantes célebres. Lo que hace y hará siempre de este mundo un valle de lágrimas, son la insaciable codicia y el indomable orgullo de los hombres, desde Tamas-Kulikán, que no sabía leer, hasta un oficial de aduanas que sólo sabe hacer números. Las letras alimentan el alma, la rectifican y la consuelan; es más, os sirven mientras escribis contra ellas; sois como Aquiles, que se irrita contra la gloria, y como el P. Malebranche, cuya imaginación brillante escribía contra la Imaginación.

Si alguien puede quejarse de las letras soy yo, puesto que, en todo tiempo y en todo lugar, han servido para perseguirme. Pero hay que amarlas, á pesar del abuso que se hace de ellas, como hay que amar á la sociedad, cuyas dulzuras corrompen tantos hombres perversos; como hay que amar á la patria, por muchas injusticias que en ella nos hagan; como hay que amar al Ser Supremo, á pesar de todas las supersticiones que deshonoran con frecuencia su culto.

M. Chappuis me hace saber que tenéis mala salud; sería preciso venir á restablecerla con el aire natal, á gozar de la libertad, á beber en mi compañía leche de nuestras vacas y á pacer nuestras hierbas.

Soy muy filosóficamente, y con la más cariñosa estima, etc.

## AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Febrero de 1756.

Querido ángel: Si lo que véis no es una tragedia, al menos son versos trágicos: os suplico me digáis si son ortodoxos; yo los creo tales, pero temo ser mal teólogo. Por ahí corre mi nombre en no sé qué pieza cuyo asunto es el mismo que el de los presentes versos, y sería bueno que mi sermón verdadero hiciese dar en tierra al que me achacan. Como gracia señalada os pido que os dignéis analizar mi plática. Lo de *tout est bien* se me figura un tanto ridículo cuando el mal se enseñoorea así en la tierra como en el Océano. Si queréis que todo ande para mí á maravilla, escribidme luego.

Os ruego que me perdonéis por abrumaros con tantos versos, sin enviaros, en cambio, ninguna nueva tragedia; pero considero que veréis con gusto sumo las cosas buenas que escribe el rey de Prusia, el cual me ha remitido la tragedia *Méropé* convertida en ópera. Permitid que os haga partícipe de las primicias de su trabajo; ni un momento pierdo de vista su gloria. Podéis confiar esta obra á Thiriot, quien la acomodará seguramente en su margen y será una de las trompetas del renombre de nuestro príncipe. No dudo que el rey de Prusia deje de hacer hermosos versos para el duque de Nivernois; pero hasta ahora sólo conocemos su tratado en prosa con los ingleses.

Mil respetos á todos los ángeles.

## AL SEÑOR MARISCAL DE RICHELIEU

Monvion, 7 de febrero de 1756.

Querido héroe: Os agradezco profundamente vuestra

hermosa é instructiva epístola. Verdad es que escribís como un gato, y que si os descuidáis un poco igualaréis al mariscal de Villars; me congratula la idea de que le alcanzaréis de todos modos cuando de combates de pluma no se trate; pero creo que el nuevo tratado con que el rey de Prusia se vanagloria, os impedirá por ahora guerrear por tierra. No seríais el primero de vuestro nombre que hubiera ganado un combate naval, aunque hasta el presente no dirigisteis por esta senda vuestras miras. Váis, sin embargo, á mostraros en el Mediterráneo, y yo quisiera que los ingleses desembarcaran hacia Tolón para que los acogierais como en Filadelfia acaban de acogerlos.

Y vuelvo á hablaros de Fontenoy. No acierto á explicarme por qué mi sobrina dejó de entregaros el manuscrito que yo le envié para vos. Este papel no contenía sino unas Memorias que habían menester de más concisa redacción: en ellas había dejado amplia margen, la cual aguardaba vuestras instrucciones para cuando disfrutarais un momento de sosiego.

El señor Ximénès, que hacia frecuentes visitas á mi sobrina, sabe cómo fueron impresas en parte estas Memorias informes y desfiguradas; en cuanto me vea de vuelta en mis Delicias, junto á Ginebra, haré copiar toda la obra. Es muy cierto que el nombre de *Reiss* ó el de *Teseo* es cosa secundaria; pero está muy lejos de serlo el que se atrevan á negaros el importante servicio que habéis prestado al rey y á Francia.

Permitidme solamente mostraros que al desviviros afirmando que no hay palabra de verdad en la conversación traída á cuento, facilitáis un pretexto á los que desean afirmar que no es cierto lo que sigue á la conversación misma.

No fui yo quien inventó *Teseo*, y entre paréntesis, la

cosa se acomoda bastante con el tono del señor mariscal de Noailles; os repito una vez más que vuestro caballero Fraulas fué quien me lo contó; la cosa en sí no tiene importancia alguna; pero estas pequeñeces muestran un aspecto de veracidad, que acredita todo lo demás. Si en público me negáis *Teseo*, debilitaréis las verdades que acompañan á la conversación, y se presumirá que fragüé cuanto digo de esa jornada, para vos tan gloriosa.

Por lo demás, toda esta relación está basada en las cartas originales y auténticas de todos los generales: algunos detalles que oí de viva voz, no pueden, á mi ver, perjudicar el resto de la historia, puesto que las cartas van transcritas al pie de la letra, y se guardan en los archivos del ministro.

Deseo que la guerra marítima sea tan gloriosa como lo fué la última campaña de Flandes.

¿ Creeréis que el rey de Prusia acaba de enviarme una tragedia de *Mélope*, metamorfoseada por él en ópera? Y me advierte, sin embargo, que se ocupa sólo de tratados; bien quisiera que viéseis alguna muestra de su obra: es curiosísima. Reflexionad sobre este contraste y sobre todos estos contrastes. Hubiera podido suministrar algunos consejos, pero prefiero guarecerme en las tinieblas de mi soledad, como es justo y razonable.

No dudo que veréis á la señora de Pompadour antes de vuestra partida.

Y nada más os digo sino que aceptéis el testimonio de mi subordinación respetuosa y eterna.

AL SEÑOR DOCTOR TRONCHIN

En las Delicias, 18 de Abril de 1756.

Vuestra ausencia, mi querido Esculapio, no me cuesta

más que la pérdida de una salud débil é inútil para el mundo. Los franceses están acostumbrados á sacrificar de todo corazón algo más por sus príncipes. El señor duque de Orleáns y vos seréis ambos bendecidos por la posteridad <sup>1</sup>.

Cuentan que una vieja duquesa inglesa prefirió en otro tiempo morir de la fiebre antes que curarse con la quina, porque entonces se llamaba este remedio el *polvo de los jesuitas*. Muchas damas jansenistas sentirían en el alma tener un médico molinista. Pero, á Dios gracias, vuestros colegas no se meten en esas disputas. Curan y matan indiferentemente á los hombres de todas las sectas.

Dícese que os dirigiréis por Luneville. Haced vivir cien años al bienhechor de dicho país <sup>2</sup>, y volved en seguida al vuestro. Imitad á Hipócrates, que prefirió su patria á la corte de los reyes.

Vuestros hijos han venido á verme hoy, y los he recibido como á los hijos de un grande hombre. Mil cariñosos saludos á monsieur de Labat, si tenéis tiempo de verle.

Os abrazo cariñosamente.

### AL SEÑOR ABATE DE CONDILLAC

EN PARÍS

Abril de 1756.

Señor: Acaso os sorprenderá la tardanza con que os doy las gracias que os debo hace tantísimo tiempo. Cuanto más las diferí más sagrada era la deuda. Heme

1. Se refiere al viaje hecho por monsieur Tronchín para inocular la vacuna á la familia del duque de Orleáns.

2. Estanislao.

visto obligado á pasar un año entero rodeado de obreros é historiadores; los arreglos de mi vivienda campestre, los acaecimientos propios de este mundo y un *Huérfano de la China*, que se interpuso también, no me consintieron internarme en el laberinto de la metafísica. Por fin di con el tiempo de leerlos con la atención que merecéis, y reconozco que tenéis razón en todo cuanto se me alcanza; segurísimo estoy de que la tendréis igualmente en las cosas que entiendo menos, sobre las cuales me asaltaron algunas dificultades de poca monta; en fin, parece que nadie piensa con tanta profundidad ni con tanta exactitud como vos.

Me atrevo á comunicaros una idea que creo provechosa al género humano. De vuestras obras conozco tres: el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, el *Tratado de las sensaciones* y el *De los animales*. Acaso cuando compusisteis el primero no pensabais en el segundo, y cuando trabajabais en el segundo para nada pensabais en el tercero; imagino que luego se os ocurrió alguna vez la idea de presentar unidas, en una obra metódica, las ideas que encierran los tres volúmenes, la cual comprendiera toda la metafísica que á los hombres es lícito conocer. En esa obra iríais unas veces más lejos que Locke, otras le combatiríais y muchas otras participaríais de sus miras. Entiendo que á nuestro país falta un libro así para convertirse á la filosofía: nuestro pueblo no pide otra cosa, y vos no podríais emplear mejor el tiempo que componiéndola.

Considero que la vida en el campo es más apta para el recogimiento que el tumulto de París. Yo no me atrevo á ofreceros mi retiro, temiendo que el alejarnos de la ciudad os atemorice; pero al cabo no hay más que ochenta leguas pasando por Dijón; yo me encar-

garía gustoso de arreglar vuestro viaje y seriais el amo en mi casa como lo sois en la vuestra; sería vuestro discípulo y encontrariais otro más joven en estos parajes, la señora Denis, y los tres seríamos lo que es el alma. Si hay alguien capaz de inventar anteojos para dar con ese ser imperceptible, ese alguien sois vos seguramente; hallariais aquí personas que escribirían lo que las dictaseis, y además vivimos cerca de una ciudad donde se encuentra todo á la mano, hasta buenos metafísicos. El señor Tronchin no es el único hombre de mérito que haya en Ginebra; y me parece que escribi sobradas palabras para un filósofo y para un enfermo. La endebles corporal me impide escribiros con mi mano, pero nada quita esta circunstancia á los sentimientos que me inspiráis. En fin, si pudiérais venir á trabajar en mi retiro en una obra que os inmortalizaria; si me cupiera la satisfacción de guardaros en mi vivienda, añadiría un capítulo á vuestro libro: el que tratara de la felicidad. Estoy obligado á vosotros por la más grande de las afecciones, y toda mi vida tendré el honor de ser vuestro servidor humildísimo.

#### AL SEÑOR MARISCAL DUQUE DE RICHELIEU

Las Delicias (cerca de Ginebra), abril de 1756.

Héroe, apoderaos de Port-Mahon; es cosa mía. Ya sabéis que un inglés demente apuesta en público veinte contra uno que seréis conducido prisionero á Inglaterra antes de cuatro meses; yo envío á Londres la orden de que depositen veinte guineas contra ese extravagante, y espero ganar cuatrocientas libras esterlinas, con las cuales me regocijaré de lo lindo el día que sepa que

habéis hecho prisionera de guerra la guarnición de San Felipe. No soy la única persona que apuesta por vos; albergo la idea de que á pesar de la fatiga y los calores, la gloria conservará vuestra salud y asimismo la del señor duque de Fronsac. Y puesto que toda vuestra familia os acompaña, permitidme que os desee que refresquéis todos juntos en ese maldito fuerte de San Felipe, ceñidas las frentes de laurel, cual los romanos triunfantes de Cartago.

No me atrevo á suplicaros que ordenéis á uno de vuestros secretarios el envío de los boletines; pero si podéis hacerme este favor, seguramente no honraréis á nadie que más se interese por vuestra buena fortuna.

Permitid que los dos suizos os presenten sus cariñosos respetos.

#### Á LA SEÑORITA \*\*\*1

Las Delicias, cerca de Ginebra, 20 de Junio de 1756.

Señorita: Yo no soy más que un viejo enfermo, y menester es que mi estado sea doloroso para haber dejado hasta hoy sin contestación la carta con que me habéis honrado, y para que no os envíe sino prosa á cambio de vuestros lindos versos.

Puesto que os dignáis solicitar de mi consejos, os diré que os basta con seguir la inclinación de vuestro espíritu. El estudio que de la lengua italiana hicisteis fortificará el gusto con que nacisteis, el cual nadie puede comunicar. Más servicios que yo os procurarán Tasso y Ariosto, y la lectura de nuestros buenos poetas vale

1. Los editores de Khel publican esta carta como dirigida á madama Dupuy, esposa del secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones y Bellas letras.



más que todas las lecciones de retórica; por mi parte os invito á no leer sino aquellas obras que el aplauso público consagró y cuya reputación no es equívoca. De éstas hay muy pocas; pero más provecho se alcanza leyéndolas que con todos los librijos que nos ahogan. Los buenos autores muestran solamente el ingenio que precisa; no lo presentan nunca rebuscado; piensan con buen sentido y se expresan con claridad. Diríase que hoy todos se complacen con lo enigmático. Ninguna sencillez se vislumbra y todo son enigmas complicados y tenebrosos. Alejámonos de la naturaleza en todos los respectos, pues tenemos la desdicha de pretender aventajar á nuestros maestros.

Atences, señorita, á cuanto en ellos se encuentra de más sobresaliente. La más leve afectación es defecto. Si los italianos descendieron después de Tasso y Ariosto, fué porque quisieron echarlas de ingenios grandes; es lo propio que á nosotros nos sucede. Ved la naturalidad con que se expresan madama de Sévigné y otras damas; comparad su estilo con las frases retorcidas de nuestras novelillas; os cito las heroínas de vuestro sexo, porque me parecéis apta para igualarlas. Obras teatrales hay de la señora Deshoulières, que ningún autor de nuestros días sería capaz de igualar. Y si queréis que cite hombres, ved la sencillez con que Racine se expresa en todas las escenas de su obra. Todos al leerle se imaginan que dirían en prosa lo que Racine dijo en verso. Creed firmemente que cuanto no sea tan claro, sencillo y elegante, no valdrá nada absolutamente.

Vuestras reflexiones os enseñarán cien veces más que mis preceptos. Veréis que nuestros buenos escritores (Fenélón, Bossuet, Racine, Despreaux), en sus escritos, emplearon siempre la palabra propia. Leyendo

asiduamente á los que escribieron bien, acostubrémonos á bien hablar, habituándonos á expresarnos con sencillez y noblemente sin ningún género de esfuerzos. Y esto no es un estudio; leer lo bueno y no leer más que lo bueno, no cuesta ningún trabajo; fuera del placer y del buen gusto, todos los maestros huelgan.

Perdonad, señorita, estas largas reflexiones y no las atribuyáis sino á mi deseo de obedeceros.

Con el mayor respeto tengo el honor de ser vuestro muy atento apasionado.

Á M. LEKAIN

Las Delicias, 4 de agosto de 1756.

Querido Lekain: Cuantos vivimos en las Delicias recibimos gozosos vuestros parabienes y os envían los suyos, como igualmente á vuestros camaradas. Puesto que al fin os determináis á revestir puntualmente vuestros personajes mejorando la acción teatral presentando en la escena el lujo y pompa necesarios, vivid seguro de que vuestras representaciones alcanzarán superioridad notable.

Yo soy viejo y achacoso para contribuir á ellas: pero si me quedaran aún fuerzas para el trabajo, seguiría una nueva senda digna de los cuidados que desplezáis al par que de vuestros talentos. Debo limitarme ahora á mostrar interés por vuestros éxitos. Es imposible tomar en ellos mayor parte y á la vez secundarlos menos. Os abrazo de todo corazón.

A M. TRONCHIN

Monrión, 6 de Febrero de 1757.

El que ha escrito una carta cristiana á un cardenal

cristiano, tiene alma heroica y prudente, que distingue la religión de sus abusos. Esto es tanto más hermoso, cuanto que los abusos han estado á punto de costarle la vida, y han sido la causa del asesinato de sus predecesores.

La carta conmovedora que he recibido del rey de Prusia, y, por consiguiente, la invitación que la emperatriz me ha hecho para ir á San Petersburgo, no lograrán que abandone las Delicias. Tampoco tengo ganas de ir á París, donde todo el mundo está completamente loco.

No creo haberos dicho cuánto he sentido la catástrofe de monsieur d'Argensón <sup>1</sup>; el bueno de Lusignán ha estado algún tiempo enfermo. Ese pobre d'Argensón había servido al rey cuarenta años; va á morir en el destierro, y á no ser por la limosna que le da su sobrino, moriría en la miseria. Semejantes acontecimientos deben fortalecernos en el amor de la filosofía y la libertad.

Mis razones para creer que España uniría su flota (suponiendo que la tenga) con la de Francia en contra de los ingleses, se fundaban en el concurso de las circunstancias, á las afrentas que los ingleses han hecho á la dignidad de la corona de España, en la indignación con que esta corte ve siempre el puerto de Gibraltar en manos extranjeras, en los pasos dados por la corte de Francia, en el crédito de que goza el embajador de España en París, hasta el punto de hacer meter en la Bastilla á no sé qué escritor que había echado en cara á los españoles su tibieza en una ocasión tan apremiante. Me he equivocado. Es preciso que la corte de Madrid tenga pocos barcos, pocos marineros y poco dinero.

1. Había sido depuesto de su cargo.

A M. VERNES

Lausana, 1757.

Os doy gracias, mi querido amigo, por la hermosa catequesis. Os ruego que llevéis vuestra bondad de alma hasta el punto de decir que estoy muy contento y que, sobre todo, admiro la moderación con que está escrita.

No creo que antes de Carlos V, Francisco I y Enrique IV, se conociese una balanza política. El primer modelo de esta balanza pudo admirarse en Grecia en las guerras de los atenienses, espartanos y tebanos. Pero este sistema no salió de Grecia, y no parece que se siguiera contra los romanos, que se comieron las naciones una á una sin que hubiese verdaderas ligas formadas para contener á estos bribones. Nadie pensó establecer una balanza contra el tirano Carlos, apellidado Magno. Por último, no veo esta política establecida sino por los Médicis en Italia y por Enrique VIII en una gran parte de Europa.

Continuad la historia de vuestra patria; este trabajo os honrará mucho. Tenéis razón en decir que Calvino desempeñó el papel de Cromwell en lo relativo al asesinato de Servet <sup>1</sup>. El pobre Servet había declarado expresamente que la divinidad habitaba en Jesucristo, y más expresamente de lo que se declara hoy día. Ojalá tenga el Eterno misericordia de Juan Calvino de Noyons, en Picardía, por tan enorme crimen.

1. Miguel Servet, ilustre médico zaragozano, descubrió antes que Harvey la circulación de la sangre, y murió víctima de la intransigente crueldad de Calvino en 1553.